

El augusto gefe de la Iglesia se sirvió acojerla con la mayor benevolencia y afecto, espresando en esta ocasion la mas viva solicitud por la felicidad de SS. MM., á quienes aseguró consagrarles sus sentimientos paternales.

Al fin de la audiencia, Su Santidad, levatándose de su asiento, encargó á la comision presentar á SS. MM. sus obsequios." (*El Diario del Imperio.*)

—Con el titulo de "La Paz" en Europa dice *El Pájaro Verde*:

"La noticia á que ayer nos referimos, la trasmitió el telégrafo con referencia á otros telegramas, fecha 3 de Julio, recibidos en los Estados- Unidos. Hablan estos telegramas de una batalla decisiva en que los austriacos lo perdieron todo y solicitaron la cesacion de las hostilidades evacuando desde luego el Véneto. Confesamos que nos inspira el telegrama muy poca fé en la ocasion presente. Siempre desconfiamos de estas noticias de batallas decisivas, sobre todo cuando son dos millones de hombres los que pelean en una extension de muchas leguas, y están apercebidos para sostener la guerra aun cuando pierdan varias batallas: no comprendemos, en tal situacion, que una de las primeras batallas sea decisiva, y menos en contra de la potencia que está mas apercebida á una resistencia tenaz y que ha empezado rechazando los ataques de sus enemigos.

La paz, creemos y esperamos que se ajustará pronto; los desastres de la guerra europea serían tales, que indudablemente se apresurarán á deponer las armas los contendientes, por no provocar aquella guerra.

Inglaterra se inclina de parte de Austria; Rusia está declarada por ella; Alemania casi toda le presta sus ejércitos: estos son elementos para sofocar pronto la guerra y llegar pronto á la paz, pero no por los motivos ni para los efectos que dice el telegrama trasmitido el lunes y repetido el martes por casi toda la prensa.

Esto no quiere decir que juzguemos imposible el caso: juzgamos improbable la noticia telegráfica, y nada mas."

—En México ha sido entregada al Ordinario la Iglesia de Ntra. Sra. del Carmen, la cual fué entregada á su vez por el mismo Ordinario á Fr. Pablo Antonio del Niño Jesus; para que trabaje en su reparacion, colectando las limosnas necesarias.

—Se declaró tambien suspenso el sorteo y se aplazó indefinidamente, segun dice *La Era Nueva*; cuya disposicion fué muy bien recibida por el público de la capital.

—Con mucho placer hemos visto que el apreciable periódico *La Sociedad* reapareció el 31 del pasado, habiéndosele levantado las dos advertencias que causaron su suspension. Felicitamos á sus ilustrados redactores.

—Agradecemos como es debido al *Pájaro Verde* los términos honoríficos con que habló de nuestro Semanario al vindicarlo del modo despreciativo con que lo trató la *Era Nueva* llamándolo *hoja clerical*: nombre que indudablemente le dió porque manifestamos ser fieles á los principios católicos que profesamos.



EL SACERDOCIO

CATOLICO.

V.

Cuando moribundo el imperio romano y asaz trabajado por sus revueltas y sus disturbios, por los desórdenes que surgian en su seno, por el desprestigio del poder y la ineptia ó la maldad de los que asaltaban el trono, vino á darle el golpe de gracia la irrupcion de los bárbaros, haciendo sucumbir á la fuerza brutal lo que aun restaba de aquella vieja sociedad, el único elemento que se pudo oponer á la accion devastadora de los invasores, fué el elemento religioso diestramente mauejado por los sacerdotes católicos, que interponiéndose como una muralla férrea entre vencidos y vencedores, dulcificaron la miserable situacion de aquellos y arrancaron á estos de las manos el acero, y cambiaron sus hábitos feroces y los hicieron ceder al influjo maravilloso de la doctrina que predicaba el amor universal, la paz del mundo y la fraternidad de la raza humana. El sacerdocio representaba entonces el solo poder legitimamente constituido, la única institucion organizada; y ya la misma decadencia del poder social habia puesto á su cuidado de buen tiempo atras, la guarda de intereses, que si bien enlazados con los intereses religiosos, no eran propiamente tales, sino intereses políticos, intereses de la vida civil y material de los pueblos, encomendados á la vigilancia y á la direccion de las potestades temporales. El sacerdocio era el único que mantenía la vida moral, el que prolongaba la existencia de la desfallecida sociedad, y al emprender su defensa, resolvió hacerla completa, eficaz, y convertir en provecho de las nacionalidades en peligro, el vigor y la prepotencia de los invasores, á la vez que en el ánimo de estos infundia los principios de la ci-

vilización y los gérmenes de luz, que deberían borrarles el recuerdo de su condicion de conquistadores y la memoria de sus triunfos: tarea difícil, que no era factible en breves dias ni á costa de esfuerzos pequeños, sino que exigía una perseverancia indeficiente, una consagración absoluta y un conocimiento perfecto de las necesidades, de las aspiraciones, de los resortes del corazón humano: árduo trabajo, que iba á absorber mil existencias preciosas, á ocasionar mil pruebas heroicas, y á incitar resistencias desesperadas, que solo podrian quedar vencidas ante el impulso irresistible de la caridad. Mas al fin, esa tarea y ese trabajo habian de tocar su objeto, porque Jesucristo que vino á salvar el mundo, queria ya que fuese salvo por el ministerio de sus sacerdotes.

Los bárbaros abatieron en la presencia de ellos sus armas, estupefactos al contemplar que sus nuevos adversarios iban á combatirlos, no disputando con la fuerza el terreno en que fijaban su planta, ni oponiéndoles cerrados escuadrones que fueran á arrancar de sus sienas las coronas ensangrentadas que las ceñian, sino predicándoles deberes desconocidos, el reproche de su cruel conducta y el respeto á los vencidos; llamándolos al perdón de las injurias, á la extinción de los rencores; dando muerte á sus instintos de depredación; amortiguando su espíritu belicoso y suspicaz; sustituyendo sus costumbres con las costumbres de la vida social, del trabajo, del respeto á la propiedad; sacudiendo del cuello de los pueblos sometidos por la fuerza, el yugo de la esclavitud, rechazado por la perfecta igualdad moral de los tiranos y las víctimas; aniquilando el feroz dominio de los caudillos de esas razas, y marcándoles en nombre de un Dios poderoso y justiciero, el círculo legítimo de sus poderes y la órbita inviolable de sus atribuciones.

Los elementos salvadores que ponía en juego el sacerdocio, estaban guardados por él en precioso depósito de una larga fecha atras; y mientras los soberanos todo lo perdian y dejaban escapar de sus manos impotentes los recursos y los medios de defensa y protección de sus pueblos, el clero los reunía, les imprimía fortaleza y se preparaba con ellos para la lucha. Las virtudes, las ciencias, las artes, huían en medio de la ruina y de la confusión á refugiarse en el seno del sacerdocio católico, y el magisterio de los ministros del altar en todos los órdenes, en todos los ramos, en todas las situaciones y bajo todos aspectos, era absoluto y estaba enteramente reconocido; magisterio que iba á ejercer su influencia sobre las masas conquistadoras, y á hacer sentir sobre ellas su omnipotencia soberana.

En estas circunstancias la acción de los obispos y de los simples sacerdotes, multiplicada por do quiera, ya predicando y convirtiendo á los conquistadores, ya defendiendo los derechos de los vencidos y conservándoles sus creencias y sus leyes, ya derramando los tesoros de la Iglesia en la redención y por la libertad de los prisioneros, fué poderosamente secundada por los trabajos de los monges, nuevo ejército alistado en las filas del Catolicismo, á las cuales entró dando ejemplo admirable de perfección cristiana y de fervor piadoso, y en las que luchó incansable, ganando dia por dia nuevos triunfos para su causa, la causa de la civilización y la causa de la humanidad. El orden, la disciplina, el régimen económico de que la sociedad cristiana for-

mó las bases de su organización visible; la santidad, la pureza, la abnegación que hacen el elemento indestructible de su organización moral, brillaron con un esplendor que deslumbra y como en un lucido espejo, en la institución monástica, tan grosera, tan torpe, tan ignorantemente deprimida por novadores, que cuando se proclaman salvadores de los pueblos y guías de los hombres, usurpan con mentidos títulos los medios de avasallar á sus semejantes, para explotar en su exclusivo provecho á las pobres víctimas que sacrifican en nombre de una libertad que contradicen, de una fraternidad que rechazan y de una filantropía que no conocen.

¡Oh! Si los novadores se encontraran para defender los derechos de los pueblos, al frente de Atila y de Genserico; si hubieran de ir á predicar la libertad humana al centro de las tribus bárbaras, que todo lo destruían con sus férreas masas; si se presentaran á contener el empuje de aquel torrente desbordado que amenazaba borrar hasta el recuerdo de la antigua civilización y el nombre de los viejos habitantes de la Europa: si su vida y sus fortunas fueran prodigadas en alivio de la mísera humanidad: si sellaran con su sangre la palabra altisonante que brota de sus labios hipócritas; si de su cobarde corazón salieran las encendidas llamas de la caridad que abrazaban el pecho de los primeros pastores de la Iglesia, de los fundadores de esos claustros que hoy se llaman focos de corrupción y de ignorancia: si los novadores se hallasen en esa ó en otra semejante situación, y con el espíritu siempre elevado al cielo y los brazos tendidos á sus hermanos procuraran aliviar sus congojas, reanimar las almas débiles, socorrer las necesidades públicas, ilustrar las masas, infundir el respeto á la autoridad, robustecer los vínculos de orden y obediencia, afianzar los poderes, enseñar á las potestades su deber, entonces serian dueños de nuestra admiración, rendiríamos á sus pies el homenaje de nuestros respetos, tributáramos á sus nombres un recuerdo glorioso, y los trasladáramos á la posteridad con las bendiciones de una gratitud imperecedera.....!

Los órdenes monacales profesando el ejercicio de las virtudes heroicas y prescribiendo á los que iban á abrazarlas una vida de perfección evangélica, formaban en su conjunto un acabado modelo de la legislación cristiana, que midiendo las fuerzas humanas, las utiliza incesantemente y las lleva en pos del progreso verdadero, por medio de un desarrollo sobrio y prudente, que ni las debilita, ni las fatiga, y las hace encontrar el lleno de nuestras aspiraciones, de nuestros anhelos y de nuestras necesidades reales y positivas. Siglos después de su formación, la regla de San Benito era consultada por legisladores y soberanos temporales, que iban á descubrir en ella los resortes mas delicados del corazón, y á inspirarse de sus principios para proveer á la seguridad, á la firmeza de la organización social. Los monasterios se abrían como asilos de consuelo para todos los dolores, como refugio contra las calamidades, la desgracia, la persecución; como santuarios del saber y de las virtudes; como faros de civilización, y faros que proyectan su luz durante innumerables años y á través de inmensas distancias, marcando los rayos que salían de ellos, la marcha y los avances de la inteligencia, los progresos de las ciencias, y el ensanche de los humanos conocimientos. A la misma soledad don-

de iban á sepultarse en una santa expiacion los grandes remordimientos, á donde ocurrían las almas fuertes á sacudir los recuerdos del mundo engañoso y despojarse de las trabas que detenían su vuelo hácia Dios, á donde llegaban los que por un voto perpetuo é indisoluble hacían la resignacion absoluta de su propia voluntad y consagraban el desprendimiento individual en favor de sus hermanos; allí también acudían los grandes pensadores, y de allí salía una voz que sostenía el movimiento de la tierra, y allí se descubría la manera de medir el tiempo por medio de reloj, y allí se inventaba la pólvora y allí se aplicaba por la vez primera la fuerza motriz del viento á los molinos que consumían las semillas cultivadas en los extensos y hermosos campos de los monasterios.

Las obras clásicas de la antigüedad eran cuidadosamente copiadas por los monges, que se entregaban á esta tarea después de haber desempeñado las de la meditacion piadosa y la instructiva lectura: las artes atendidas con una esquisita vigilancia, formaban la recreacion de los solitarios y tomaban asiento en los conventos, cuya construccion era muestra de la bella arquitectura, cuyos muros ostentaban ricas pinturas, y cuyos templos ofrecían y aun ofrecen á los ojos de los inteligentes las obras maestras de la escultura: el comercio venía á buscar seguridad al amparo de los recintos sagrados; la agricultura recibía impulso por los esfuerzos de los religiosos; y las propiedades monacales abundantes, explotadas con inteligencia, proporcionaban alivio á las necesidades de los pobres, ocupacion á brazos infelices, medios de subsistencia á colonos desgraciados y de conservacion ó aumento á las pequeñas fortunas de las clases trabajadoras, á las cuales repartían por módicas retribuciones, las tierras cuyo cultivo enseñaban luego aquellos maestros de los hombres, sin otro interés que el bien general, ni otra mira que la felicidad comun. Las rentas de los monasterios y las dádivas de la devocion eran luego empleadas en la curacion de los enfermos que los monges salían á visitar de los albergues de la caridad, en la asistencia de los peregrinos que acudían á las santas romerías, ó iban en pos de las palabras de consolacion y los consejos de la virtud; en el auxilio de las viudas abandonadas, á las cuales se proporcionaba el sustento de la familia; en la educacion de la niñez desvalida y en el socorro de todas las grandes necesidades y de todas las calamidades públicas. Así era, que apenas aparecía una nueva fundacion y que otro monasterio se establecía, cuando se agrupaba en su derredor una poblacion numerosa ansiosa de disfrutar la tranquilidad que su sombra difundía, de aprovechar los beneficios que de allí se derramaban por do quiera, y de huir el estrépito de las armas, la tiranía de los dueños del mundo, los cruentos horrores de la guerra. Para los pueblos conquistados, el iris de la paz venía con el arribo de los fervientes misioneros, que salidos de los claustros, se acercaban á los vencedores pidiendo en nombre de Dios que depusieran su dureza y su crueldad, que cambiaran sus hábitos sanguinarios por las dulces costumbres de la civilizacion, y que abandonasen el culto de los ídolos y de sus desenfrenadas pasiones, por el culto encantador de Jesucristo, tipo sobrehumano de la santidad y de la virtud. El áncora de esperanza de la sociedad tan reciamente sacudida, eran la palabra y el ejemplo de los monges,

que con los ejemplos y trabajos del episcopado, con los esfuerzos del ministerio católico, mantenían segura la nave de Pedro en medio de la borrasca que ennegrecía el horizonte, le buscaban ruta á través de la tempestad que se estrellaba en sus costados, y la sacaban ilesa é íntegra al puerto de salvacion.

(Continuará.)

EL OPUSCULO DE D. J. DE J. CUEVAS,

INTITULADO:

LA INMIGRACION EN MÉXICO.

No hemos tenido el gusto de leer este opúsculo; y solo hemos visto el juicio que de él forma la *Sociedad* y los párrafos que trascribe en su número de 7 del corriente. La *Sociedad* dice que en el fondo se encuentra conforme con la idea del autor del opúsculo, aunque no lo está con todas sus apreciaciones. Nosotros reservamos nuestro juicio sobre todo el cuerpo de la obra para cuando llegue á nuestras manos: por ahora solo diremos lo que nos es posible en vista de los párrafos trascritos por la *Sociedad*.

Nos ha sido muy grato ver el modo honroso con que el Sr. D. J. de J. Cuevas habla del carácter y de las costumbres del pueblo mexicano y el profundo sentimiento que manifiesta al contemplar la funesta influencia de las costumbres europeas, que como un *recio viento se han llevado el aroma de las muy piadosas y caballerezcas que nuestros sábios progenitores nos habían legado*. Es tanto más consolador encontrar estampados estos nobles sentimientos en el escrito de un mexicano, cuanto que en la época que atravesamos vemos con sumo dolor que no solo se nos ultraja en los periódicos escritos por extranjeros; no solo se nos censura cruelmente en las conversaciones particulares de muchos extranjeros destituidos de gratitud, que tan indignamente corresponden la generosa hospitalidad que encuentran en nuestro suelo; no solo esto decimos, sino lo que es sin comparacion más sensible y verdaderamente intolerable, también muchos mexicanos parece que se complacen en deprimir á su patria y á sus propios conciudadanos en quienes no descubren sino ineptitud para todo y vicios de todas clases, y abrazan con furor todo lo que viene de fuera, sin dárselos nada de que se borrarán nuestras tradiciones y hasta nuestra historia entera y se alterarán nuestras costumbres más recomendables y se perdieran los más bellos rasgos de nuestro carácter nacional; porque á los ojos de estos mexicanos nada hay en Méxi-

co digno de aprecio. Por nuestra parte pues, damos las gracias al Sr. D. J. de J. Cuevas por el justo honor que ha hecho á su patria; y quisiéramos que todos los hombres de inteligencia y buenos sentimientos unieran sus esfuerzos tanto para rechazar las calumnias de los extranjeros, como para destruir entre nuestros mismos conciudadanos esas preocupaciones funestísimas en contra de su propio país, cuyo resultado no puede ser otro sino abatir mas y mas el espíritu de los mexicanos, enervar en ellos toda energía y toda fuerza, formándoles la conciencia de la impotencia, y allanar el camino para el predominio absoluto de los extranjeros que desde luego humillarán y tal vez con el tiempo harán desaparecer á nuestra raza.

En los párrafos del opúsculo copiados por la *Sociedad*, se refieren en compendio las ventajas y los inconvenientes que D. J. de J. Cuevas encuentra en la inmigración. Reservando el hablar ampliamente de las unas y de los otros para cuando hayamos visto el modo con que se fundan y se explican en el opúsculo, hoy solo diremos que si el Sr. Cuevas ha deplorado la influencia de las costumbres europeas que disipan *el aroma de las muy piadosas y caballerescas* que nos legaron nuestros progenitores, no hemos podido explicarnos por qué cuenta entre los bienes que producirá la inmigración el de *modificar ventajosamente nuestros hábitos públicos*. Tampoco creemos que sea ventaja la modificación de nuestra legislación, que con un abundante número de inmigrados y con la influencia que ellos ejercerán en las cosas públicas, perderá ciertamente su carácter y se amoldará á los gustos extranjeros, causando el mas profundo trastorno en la primitiva sociedad mexicana. Espera tambien el Sr. Cuevas *un impulso violento en los adelantos intelectuales*. Nosotros creemos que la inmigración, tal cual sucederá atendidas todas las probabilidades, no va á traernos á los hombres mas sabios, sino á los mas amantes del dinero; no va á reunir en México á los europeos para que se dediquen á profundas meditaciones científicas, sino para explotar en su propio provecho nuestras riquezas; y por consiguiente, formará en nuestro suelo una sociedad de traficantes y no de filósofos, como la ha formado en el Norte una inmigración igual á la que se proyecta en México. Ahí tenemos el modelo: ningun hombre inteligente ignora la triste historia literaria de ese pueblo á quien encuentran insensible las maravillas de la naturaleza, y que no cesa de hablar de *dollars*, ni siquiera para contemplar por un momento los espectáculos mas sorprendentes de la creación.

Refiere despues el Sr. Cuevas los males que teme de la inmigración: "Nos hemos estremecido, dice, al considerar que la inmigración puede hacer que desaparezca nuestra raza ó por lo menos la influencia que hoy ejerce en nuestro suelo su carácter. Nos hemos espantado de lo muy fácilmente que ella puede, en muy corto tiempo, romper los lazos santos de nuestra unidad religiosa, política y social; rasgar los vínculos de un idioma comun, de iguales costumbres é idénticos sentimientos. Nos ha contrastado el ver lo de prisa que el recio viento de las costumbres europeas háse llevado el aroma de las muy piadosas y caballerescas que nuestros sabios progenitores nos habian legado. Nos hemos en fin atribulado por la suerte de México, al reflexionar sobre los gravísimos peligros de escisiones ó anexión al pueblo america-

ño que la inmigración extranjera provocará en nuestro vasto y poco poblado territorio. Hé aquí en resumen los peligros con que amenaza."

Puestos en paralelo los inconvenientes y las ventajas de la inmigración, cree el Sr. Cuevas que el modo de resolver el problema no consiste en pesar los unos y las otras para ver hácia que parte se inclina la balanza, sino en meditar los medios de ampliar las ventajas y de conjurar los peligros. No sabemos si el Sr. Cuevas en su opúsculo propondrá algunos de estos medios: por nuestra parte, ya que se ofrece la ocasión, repetiremos lo que hemos dicho otras veces. La inmigración de por sí y abstrayéndola de sus cualidades, no indica desde luego ni ventajas ni peligros; las unas y los otros dependen enteramente del modo con que se promueva y se lleve á efecto y de la clase de hombres que por medio de ella se introduzcan en el país, atendido el principio innegable de que los buenos son útiles en donde quiera y los malos perjudican en todas partes. La sociedad humana no puede aumentarse como los rebaños, por la simple aglomeración de individuos; es necesario uniformar y refundir en un solo cuerpo á todos los que se quiera que la formen; y por esto es indispensable buscar en ellos, aun entre las buenas cualidades, las mas análogas. ¿Con cuánta mayor razón no deberán excluirse á los que posean malas cualidades y que no vendrán sino á perjudicar? Por esto hemos dicho desde al principio que para que la inmigración no perjudique á México, debe ser de hombres *católicos, honrados y laboriosos, á los cuales á pesar de esto, no se concedan preferencias sobre los actuales mexicanos*.

No creemos que ninguna persona de buen sentido, sean cuales fueren sus opiniones, deje de convenir en las tres condiciones últimas. ¿Quién ha de querer que se reúnan en su patria los criminales y los ociosos del resto de las naciones? ¿Quién podría pasar porque los de fuera vinieran á gozar preeminencias sobre los hijos del país?

En cuanto á la primera condición tenemos en contra nuestra al partido liberal; pero contamos con todos los verdaderos católicos que miran como un grande beneficio la unidad religiosa de su patria; y debemos contar con todos los verdaderos políticos, aunque no sean católicos. Y como este es el punto mas interesante, nos parece conveniente reproducir los sólidos razonamientos del Sr. Cuevas sobre las ventajas de la unidad religiosa que vendrá á ser destruida por la inmigración.

¿El flujo de la inmigración extranjera no romperá, pues, la unidad del lazo religioso? Este ha sido en México el único que ha resistido á la acción destructora de las revoluciones. La constante inquietud en que vivió, deshizo todas las ataduras sociales y políticas. El espíritu de partido y el frenesí de las pasiones fueron mas fuertes durante nuestras convulsiones políticas, que las ligas de la sangre y del idioma. Sin la unidad religiosa puede asegurarse que la del pueblo mexicano hubiera perecido en las largas y sangrientas luchas de la república. Esta la rompió con sus disposiciones legislativas; mas habiendo adoptado prematuramente la tolerancia religiosa, que nunca puede ser como medida de gobierno una simple teoría, sino la solución de un hecho preexistente, la unidad religiosa, á pesar de las declara-